

La mala palabra correcta

Federico Rodríguez Páez

Entre 2016 y 2026 quedaron registrados

204.045 mensajes

y 987.720 palabras.

Además:

46.828 audios

que el sistema no supo traducir.

No se hicieron amigos.

Se reconocieron antes.

Bastó advertir que desconfiaban de lo mismo, que les irritaban idénticas ceremonias y que ambos tenían ese reflejo raro de descubrir una impostura cuando todavía venía presentada como una virtud.

Después llegaron los años, las ciudades, los trabajos, las ruinas menores, las mujeres equivocadas, las soberbias pasajeras, los entusiasmos caros y las resacas morales. Pero lo esencial ya estaba resuelto.

Entre ellos se armó una inteligencia de bajo consumo.

Donde otros precisaban contexto, aclaraciones, catarsis y cierta novela del sentimiento para entender algo simple, ellos resolvían con una palabra rota. Una sílaba mal escrita equivalía a una tarde entera. Un apodo cerraba una biografía. Cierta deformación servía, según la hora, de saludo, diagnóstico o pésame.

No era un idioma privado.

Era una forma de selección.

Casi todo lo que llegaba al mundo pasaba por ahí: ambiciosos serviles, iluminados de temporada, rebeldes financiados y gente que llamaba evolución a lo que no era más que una obediencia mejor peinada. Todo entraba con pretensiones. Salía reducido a dos palabras arruinadas.

Ahí terminaban muchas carreras.

No porque ellos mandaran.

Porque veían.

Eso era lo raro.

No la sangre.

No los años.

No la confianza.

La puntería.

Uno mandaba media frase y el otro ya estaba del otro lado, no siguiéndola sino mejorándola. Si uno exageraba, el otro afinaba. Si uno se estaba cayendo, el otro contestaba como si no pasara nada. No se celebraban la ocurrencia. Se celebraban la precisión.

A veces la velocidad era todavía más extraña. Uno estaba escribiendo y el otro ya había llegado al mismo lugar por otra puerta. Uno empezaba un audio y, antes de terminarlo, del otro lado caía una respuesta que contestaba exactamente eso.

No era coincidencia.

Era una frecuencia.

Casi todos ruegan que alguien les crea la versión corregida de sí mismos.

Ellos preferían reírse antes de aceptar el reparto.

Pero no era la risa fácil del simpático ni el ingenio del que quiere gustar. La parodia, entre ellos, no era frivolidad. Era de las pocas cosas que no cedían. No servía para quedar por encima de nadie. Servía para no empezar a hablar como hablan todos cuando ya aceptaron demasiado.

Muchos usan el humor para hacerse tolerables.

Ellos, para no ceder.

Por eso podían pasar, sin cambiar de tono, de una foto ridícula a una hipótesis metafísica, de una catástrofe financiera a una teoría del autoengaño, de una decepción amorosa a una categoría permanente.

Y, sin embargo, debajo de toda esa maquinaria de crueldad selectiva, había algo más raro que la inteligencia y bastante más caro que el talento: una lealtad sin espectáculo.

No la visible.

La otra.

La que no pide explicaciones para después sentirse profunda. La que entiende que, en ciertos estados, preguntar demasiado no es amor: es torpeza. La que sabe llegar como si no pasara nada cuando está pasando todo.

Entonces uno escribía tres palabras deformadas a cualquier hora.

Del otro lado llegaba una peor.

Alcanzaba.

No hacía falta narrar la tragedia completa. Ni ponerse noble. Ni volver el dolor una profesión. Esa respuesta torcida, escrita como al pasar, decía exactamente lo necesario y además evitaba tener que explicarlo todo.

Eso no era indiferencia.

Era una forma más difícil de la lealtad.

El tiempo hizo su trabajo.

Cambió cuerpos, horarios, trabajos, ambiciones, deudas, entusiasmos y maneras de dormir mal. Todo cambió de lugar más de una vez.

El idioma no.

Siguió ahí.

Torcido, vivo, exacto.

Lo menos común entre ellos no era la historia compartida, ni el archivo, ni el humor, ni siquiera la velocidad.

Era haber encontrado, en medio de tanta gente desesperada por explicarse, a alguien con quien se podía pensar mal escrito sin perder precisión.

Federico Rodríguez Páez

Para Ignacio Díaz Pazos